

CAPÍTULO SEGUNDO

...en el que conocemos a Le O'Capri, nos enteramos de más noticias inquietantes, y Luna y Astro van al encuentro de un duendecillo

A migos míos, ¡tengo la primera tareapara vosotros!

Tan pronto como Novus Wizword pronunció estas palabras, alguien llamó a la puerta.

— ¿Quién será ahora? —dijo el director y, dirigiéndose hacia la puerta, añadió más fuerte:

— ¡Adelante!

La puerta se abrió inmediatamente y el leopardo Le O'Capri entró de un salto en la habitación. Haciendo una elegante reverencia, Le se quedó quieto. Procedía de una antigua estirpe de caballeros italianos (de ahí su nombre tan inusual) y tenía fama de ser la criatura más cortés de toda la Academia.



— Habla, O'Capri. No me tengas en ascuas. ¿Qué noticias nos traes? —. Había un atisbo de alarma en la voz de Wizword.

— Gracias, mi señor — respondió O'Capri, sin dejar de inclinarse—. Mi señor, las noticias no son buenas. Más bien son alarmantes. Un estudiante ha desaparecido hace unas horas en la Facultad de los encantos mágicos. No está ni en su habitación ni en el nido del estudio. Hemos comprobado las casas de las ramas colindantes y tampoco ha habido suerte.

— ¿Es posible que haya incumplido los Estatutos de la Academia y haya abandonado el Árbol Mágico? —preguntó Novus.

— No, mi señor, nuestros guardias sin duda lo habrían detectado. Pero nadie lo vio salir.

— ¿Y si solo está escondido? —preguntó Luna tímidamente—. Tal vez estaba jugando al escondite y no sabe que el juego ha terminado.

— Oh, no, señorita Luna. Cabe señalar que esto nunca ocurre con los niños. Los niños siempre saben cuándo se acaba el juego. Si se tratara de un adulto, entonces podría suponer que siguió jugando solo. Pero los niños nunca lo hacen. Se trata de otra cosa.

— Bueno, amigos míos, tengo una segunda tarea para vosotros —dijo Novus dirigiéndose a Luna y Astro.

— ¡Vaya! Acabamos de convertirnos en ayudantes del director de la Academia, ¡y ya tenemos dos tareas! —exclamó Astro con entusiasmo.

— ¡Sí! ¡Somos auténticos ayudantes de Novus Wizword! ¡He soñado con esto durante cuatro años! —exclamó Luna a su vez.

— Me apresuro a señalar —intervino de repente Dorothea Nightwing— que aún no se os ha asignado ninguna tarea.

— ¡Es cierto, Dorothea! —dijo Novus Wizword—. Tampoco les he podido hablar aún de la primera. Supongo que me estoy haciendo viejo y se me olvidan las cosas.

— Tiene setecientos ochenta y cinco años —dijo la lechuza.

— Parece que estoy bastante viejo, ¿no? —preguntó Novus.

— No tanto, si tenemos en cuenta la vida media de un dragón —señaló la lechuza—. Los dragones suelen vivir unos mil quinientos años. Así que se encuentra en la flor de la vida.

Astro se volvió hacia Luna y le susurró al oído:

— Qué pesada es esa Dorothea Nightwing.

Luna se limitó a mostrar su conformidad asintiendo ligeramente la cabeza.

— Dorothea, eres una fuente inagotable de conocimiento —balbuceó Novus—. Pero ya he olvidado de qué estaba hablando... —Novus volvió a perderse en sus pensamientos.

— Estaba hablando de las tareas —comentó la lechuza, sin responder a los elogios del director.

— ¡Ah, sí! Las tareas. Así que, amigos míos, vuestra primera misión será atraer al duendecillo a la sala de invitados. Y la segunda será encontrar al estudiante desaparecido.

— ¿Duendecillo? Señor, ¿ha dicho duendecillo? ¿He oído bien? —preguntó Le O'Capri con sorpresa y agitación.

— Sí, en los terrenos de la Academia han visto un duendecillo —explicó Dorothea en lugar del director.

— ¿Cómo? ¿Pero no es eso imposible? —preguntó, confuso, Le O'Capri.

— Estábamos hablando de ello cuando has llegado —respondió Wizword—. Nadie lo sabe con seguridad.

— Entonces permítame, mi señor, capturarlo y enviarlo a prisión. No creo que debamos poner al joven Astro y a la señorita Luna en peligro. Déjemelo a mí, que estoy dispuesto a arriesgar mi vida por la Academia. Lucharé como un león.

— Como un leopardo — corrigió Dorothea.

— Sí, por supuesto, eso es lo que quería decir —respondió O'Capri avergonzado.

— No, amigo mío —dijo Wizword—, parece que no sabes nada sobre duendecillos.

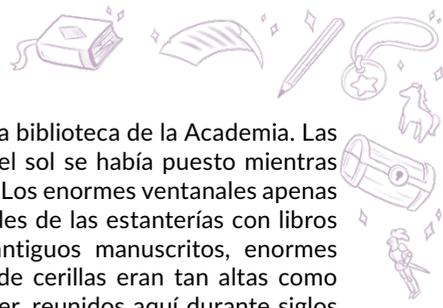
— No, mi señor, no sé nada sobre ellos. Pero sé que tienen prohibida la entrada a los terrenos de la Academia. Así que imagino que serán grandes, temibles y muy peligrosos.

— No, en absoluto. En primer lugar, los duendecillos no son más grandes que un niño. En segundo lugar, aunque no son unas criaturas muy hermosas, créeme si te digo que los trols y los moquetes espaciales del planeta Nibiru son mucho más repugnantes. En tercer lugar, todo el peligro de los duendecillos consiste en que son terriblemente ignorantes, incultos y no conciben la belleza. Solo les interesa comer, dormir, hurgarse la nariz y otros tipos de entretenimiento primitivo. Rompen cualquier tipo de máquinas porque no son capaces de entender cómo funcionan. Les asusta todo lo nuevo. Por eso es imposible educar a los duendecillos.

— Razón de más, mi señor, para permitirme atraparlo y aislarlo. Después de todo, puede dar mal ejemplo a los alumnos con su comportamiento.

— Verás, amigo mío, el asunto es que los duendecillos son muy asustadizos. Un rugido tuyo es suficiente para que un duendecillo se esconda y tengamos que buscarlo durante días. Otra cosa es Astro y Luna. A pesar de todos sus defectos, los duendecillos son criaturas bastante juguetonas. Por eso necesitamos la ayuda de mis jóvenes ayudantes. Podrán atraer al duendecillo con un juego y luego hasta la sala de invitados. Lo mantendremos allí hasta que averigüemos cómo se coló en la Academia. Y lo más importante: por qué.

— Como desee, mi señor —dijo O'Capri, e hizo una reverencia.



Media hora después, Luna y Astro entraron en la biblioteca de la Academia. Las filas de mesas estaban envueltas en la penumbra: el sol se había puesto mientras ellos intentaban encontrar el rastro del duendecillo. Los enormes ventanales apenas iluminaban ya la sala de lectura y en las proximidades de las estanterías con libros reinaba la total oscuridad. Las estanterías con antiguos manuscritos, enormes tomos y pequeños libros del tamaño de una caja de cerillas eran tan altas como una casa de tres pisos; todos estos tesoros del saber, reunidos aquí durante siglos por generaciones de archiveros y bibliotecarios, estaban ocultos de las miradas indiscretas por la oscuridad. Mientras Luna y Astro admiraban las fachadas de estas «libro casas», que se perdían en la oscuridad, escucharon unos crujidos que venían desde la sala. El destello de una fea sombra se deslizó por la pared. Luna y Astro se miraron, la piel de sus colas se erizó por un presentimiento de peligro. Pronto los crujidos se repitieron de nuevo. Y entonces, en una de las mesas de la sala de lectura apareció algo. O más bien alguien. Una figura oscura y extraña sostenía una especie de libro en su mano (¡o pata!). Luna y Astro se estremecieron involuntariamente y se aferraron el uno al otro. ¡Frente a ellos había un duendecillo de verdad!

